

## ***La impunidad insepulta. Nazismo, memoria y guerra fría.***

Autor: **Juan Alberto Bozza.**

Pertenencia institucional: **Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH).** Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP.

### **Introducción.**

El análisis de la construcción de la memoria sobre procesos históricos que involucraron genocidios está asediado por dificultades. A la voluntad sistemática de destrucción de evidencias, promovida por los responsables de aquellos crímenes, se le suma la incomodidad de historiadores reticentes a bucear en los segmentos de un pasado demasiado reciente, al que consideran poco propicio para auscultarlo con ecuanimidad y desapasionamiento<sup>1</sup>. Otros analistas, disconformes con esta demarcación insolvente del pasado, aceptaron el desafío sobreponiéndose a obstáculos tenaces. Algunos provenían de la dolorosa experiencia de los sobrevivientes del Horror, cuyos recuerdos, como ha señalado Primo Levi<sup>2</sup>, a menudo eran borrosos, incompletos y frágiles. Otros inconvenientes emanaban de cierto tono de evocación épica y triunfalista, construida, y mantenida en óleo sagrado, por los movimientos de la resistencia que enfrentaron y contribuyeron a derribar a los regímenes nazifascistas<sup>3</sup>.

En el plano de las dificultades más deplorables, la investigación histórica debió sortear el legado de desinformación y la destrucción de pruebas propiciadas por los perpetradores del genocidio. Las pesquisas que iluminaron la naturaleza, los procedimientos y responsables del Holocausto debieron desmontar, además, la trama de imposturas difundida por criminales impunes y repetidas por epígonos a sueldo<sup>4</sup>.

Sin embargo, otras dimensiones de la historia del nacionalsocialismo y del Holocausto han quedado aún prisioneras de la desinformación, de ocultamientos deliberados o del apañamiento de ciertos ejecutores del Genocidio. En este brumoso pliegue del pasado, se hallan los sucesos relacionados con la fuga, protección, adopción y reciclaje de los criminales de guerra. Esta sigue siendo una asignatura pendiente de la reconstrucción histórica y de la memoria colectiva sobre las implicancias y las complicidades que rodearon a la barbarie nazi. Sumergirse en esta cuestión resulta una labor problemática que sigue despertando bloqueos, negligencias y actos de defensa corporativa por parte de estadistas, agencias de información, instituciones y prominentes hombres de negocios de naciones occidentales, cuya influencia todavía gravita en nuestro tiempo. Algunos gestos de fin de siglo de representantes del poder mundial, como la Ley de Libertad Informativa<sup>5</sup> y la consecuente desclasificación de archivos secretos en EEUU, o el *mea culpa* papal alusivo a la indiferencia de la Iglesia ante los crímenes nazis; parecieron alentar a ciertos historiadores a iluminar turbias acciones y compromisos de líderes de Occidente en la inmediata posguerra. La construcción de la memoria sobre el genocidio nazi y su legado de impunidad necesita indagar el comportamiento de los servicios secretos norteamericanos y de sus aliados occidentales, como así también el rol cumplido por el Vaticano y por algunos de los pontífices y prelados de la Iglesia Católica. Este trabajo se propone observar y describir, desde los albores de la Guerra Fría (GF), los procedimientos a través de los cuales fue garantizada la impunidad de criminales de guerra. Asimismo aspira comprender la manera en que aquel contexto de polarización ideológica influyó o contaminó algunos debates historiográficos sobre la naturaleza del nazifascismo y sobre el legado de la resistencia y del colaboracionismo en la Europa ocupada.

### **1. Un oscuro túnel de complicidades.**

Resulta un lugar común atribuir a EEUU el mérito de su victoriosa lucha contra el totalitarismo, en la Segunda Guerra Mundial. Sus sistemas de enseñanza imparten un relato de su pasado que consagra su liderazgo en la construcción de "*sociedades abiertas*" y en la consolidación de la vigencia de los derechos del hombre. Uno de los capítulos más significativos que cimentó dicha tradición fue el triunfo alcanzado por sus fuerzas contra el Nazifascismo. Ese acontecimiento parece conferir a los líderes e instituciones norteamericanas una cualidad, investida como virtud eterna: la intransigencia moral y política contra esa forma de totalitarismo y contra sus mentores, propagandistas y secuaces. Repetido en discursos presidenciales (a veces como emotivas arengas sobre escombros de edificios destruidos), estampado en

<sup>1</sup> Por ejemplo, el historiador francés Pierre Goubert, escribió con relación al siglo XX: (...) *jamás se me hubiera incurrido escribir su historia... y admito no entender como otros han podido hacerlo, sino por vanidad, interés o gusto por la facilidad*". P. Goubert, *Initiation à l'histoire de France*, París, Tallandier, 1984, p. 9-10.

<sup>2</sup> Levi Primo, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Anaya Muchnik Editores, 1995, p. 16.

<sup>3</sup> Véase Eric Hobsbawm, "*La historia de la identidad no es suficiente*"; en: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998.

<sup>4</sup> El británico David Irving es, quizás, uno de los negacionistas más publicitados y de mayor éxito comercial de sus libros..

<sup>5</sup> Freedom of Information Acts, de 1992.

decenas de memoriales y difundido en toneladas de celuloide, el mito de la inquebrantable cruzada de Occidente contra el nazismo sepulta o encubre una trama evasiva de tolerancia y complicidades, gestada en el alba de la Guerra Fría. En los últimos años, han emergido sólidos indicios que involucraron a estadistas y servicios secretos americanos y a líderes del Vaticano con operaciones de protección y reubicación de notorios o discretos criminales de guerra<sup>6</sup>. El camino de la indagación se ha iniciado y la cosecha de pruebas no deja de crecer. Intentaremos restituir los episodios más significativos que, según historiadores y analistas sociales, constituyen la evidencia empírica de un proceso de colaboración y reciclaje nacido en la segunda posguerra.

#### a. Viejas simpatías.

Las exploraciones más sagaces nos conducen al tenso y conflictivo escenario de la Guerra Fría. Las preocupaciones norteamericanas por diseñar un mecanismo internacional de contención y réplica al avance de la URSS, fue el contexto en el que se concretaron los planes de asistencia y rescate de furtivos criminales nazifascistas. Sin embargo, la ubicación de la fuente de esta conducta no debe ignorar una serie de relaciones, acuerdos y simpatías que el proyecto y las figuras del Tercer Reich despertaron en ciertos personajes y líderes de los EEUU (algunos venerados como héroes y filántropos), en el período de entreguerras. Aunque las simpatías con el ascendente nazifascismo también involucraron al líder conservador inglés, Winston Churchill, futuro primer ministro británico durante la segunda guerra mundial. Churchill ponderó el programa inicial y los objetivos que perseguían tales regímenes (sus opiniones sobre los primeros años de gobierno de Mussolini resultan enternecedoras), demostrando su eficacia para acabar con la amenaza de la revolución socialista.

Representantes emblemáticos del capitalismo norteamericano tributaron un trato complaciente, amistoso, cuando no un apoyo ferviente, al ungimiento de Hitler al poder y al régimen nacionalsocialista instalado en los treinta. Oportunidades de concretar negocios muy lucrativos, afinidades y simpatías ideológicas, la aversión al comunismo y una no despreciable dosis de antisemitismo, orientaron las conductas tolerantes y cómplices de notorios capitanes de industria y hombres de negocios de EEUU.

Henry Ford y Hitler compartían algo más que el visceral antisemitismo<sup>7</sup>. Además de su temprano aporte de dinero a las campañas del NSDAP, el imperio automotor con sede en Detroit colaboró activamente con los requerimientos económicos y bélicos del régimen nazi. Los contactos se aceleraron a través del Edsel, el hijo del magnate, quien comandó las inversiones europeas de la compañía, durante la década del treinta.<sup>8</sup> El ejecutivo de la Ford en Alemania fue el célebre aviador Charles Lindbergh, confeso nazi, para quien “*el gran peligro que se cierne sobre nuestro país (EEUU) radica en la propiedad y la influencia que los judíos tienen en la industria filmográfica, la radio, la prensa y sobre nuestro gobierno*”<sup>9</sup>. Cuando las tropas aliadas liberaron Alemania, hallaron trabajadores extranjeros esclavizados en las plantas de la Ford de Berlín y Colonia<sup>10</sup>. El agradecimiento de Hitler a Ford se concretó, en 1938, con la condecoración con la Gran Cruz de la Orden Suprema del Aguila Alemana.

La General Motors (GM) no escatimó el apoyo industrial al régimen hitleriano. La compañía, al igual que la Ford, reconvirtió sus activos en Alemania en función de dinamizar la creciente demanda bélica germana. Bajo la égida de la familia Du Pont, GM se asoció con la IG Farben y colaboró con el partido nazi. El vicepresidente del conglomerado, G. Howard, era un ferviente fascista partidario del Nuevo Orden que preconizaba el nazismo e instaba a aplicarlo a América. A pesar de que EEUU entró en guerra contra

---

<sup>6</sup> Entre las obras más esclarecedoras pueden citarse las de Marco Fini y Roberto Faenza, *Gli americani in Italia*, Roma, 1976, y la de Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001. Dos extraordinarios alegatos cinematográficos de Konstantin Costa Gavras despejan todas las dudas sobre la cuestión: *Mucho más que un crimen*(1987) y *Amén*(2001).

<sup>7</sup> Ford estampó su odio contra los judíos en su *The International Jew* (El judío internacional) y su autobiografía *My Life and Work*, textos de gran influencia en el *Mein Kampf*. En los años veinte, en el periódico de Ford colaboraba el escritor ruso blanco Boris Brasol, quien introdujera en EEUU la publicación del panfleto antisemita de tiempos de los zares *Los protocolos de los sabios de Sion*. Cf. Muchnik Daniel, *Negocios son negocios*, Bs. As., Norma, 2000, p. 94.

<sup>8</sup> Según Charles Bettelheim, las ganancias e inversiones de la Ford Motor Co, no cesaron de crecer en la Alemania nazi. Cf. *La economía alemana bajo el nazismo*, Madrid, Fundamentos, 1977, p. 107. A mediados de la década de 1990, para cubrirse de las demandas judiciales de resarcimiento por parte de las víctimas del Holocausto, la Ford Motor movilizó a un equipo de historiadores e investigadores para que recolectaran pruebas de la inocencia de la compañía. Cf. *Clarín*, 1 de diciembre de 1998.

<sup>9</sup> El notable novelista Philip Roth nos provee una perturbadora novela, en clave contrafáctico o de ucronía, basada en un hipotético triunfo presidencial del republicano Lindberg (no llegó a postularse en las internas del partido), en las elecciones de 1940, y su legado de asilamiento, persecución racial, antisemitismo en la sociedad norteamericana. Cf. *La conjura contra América*, Milán, Mondadori, 2005. Philip Roth, “Made in USA”; en *Radar*, 30 de octubre de 2005, p. 4.

<sup>10</sup> Muchnik D., *op. cit.*, p. 96 y 103.

Alemania, la GM, a través de su sucursal de Estocolmo, seguía comerciando con el nazismo en 1943. Según el investigador Bradford Snell, la GM fue más importante que Suiza para la maquinaria de guerra nazi.<sup>11</sup>

Según minuciosas investigaciones, destacados exponentes de la gran burguesía norteamericana participaron de una trama sólida que vinculaba sus negocios con el régimen nazi. Además de los citados, otros industriales y financistas participaron de una relación que reportó enormes beneficios, tales como ITT, Standard Oil, Texaco, Chase National Bank, National City Bank, etc.<sup>12</sup>

#### b. La Guerra Fría: matriz de compromisos espurios.

Cuando el poder bélico de los nazis estaba siendo triturado, los servicios secretos norteamericanos, la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS)<sup>13</sup> y los más altos niveles de la Iglesia Romana comenzaron a coordinar acciones de contención al comunismo, es decir, a contrarrestar la influencia de la URSS en un Europa occidental devastada por la guerra y acechada por el recrudecimiento de la conflictividad social. La celeridad con que Allen Dulles, titular de la OSS y luego de la CIA, aceptó los dispositivos de la rendición de los jefes nazis ante el ejército norteamericano en los momentos finales de la guerra, suscitó las primeras suspicacias de la URSS e insinuó los presagios de la inminente conflictividad. Prestigiosos historiadores norteamericanos de la Guerra Fría y cruzados de la misma, como Arthur Schlesinger, no dejaron de reconocerlo<sup>14</sup>. Los nexos iniciales de esta colaboración anticomunista se gestaron a través del Papa Pío XII y del ultraconservador arzobispo norteamericano Francis Spellman, en 1943. Terminada la guerra, el espionaje anticomunista y pronorteamericano del Vaticano continuó a través del obispo y Subsecretario de Estado de la Santa Sede Gian Battista Montini, el futuro Pablo VI. Montini operó como consejero de la OSS en Italia (luego de la CIA), y de la democracia cristiana peninsular enfrentada política y electoralmente al poderoso PCI.<sup>15</sup>

Durante el pontificado de Pío XII, el diligente Montini supervisó los procedimientos que permitieron la fuga de criminales de guerra hacia Sudamérica. Bajo su tutela, la Oficina de Refugiados del Vaticano cubrió a cientos de sicarios del nazismo. Extendiendo una nueva documentación, en la que figuraban como “*apátridas*” o “*personas desplazadas*”, la burocracia vaticana y Cáritas Internacional apañaron la salida de Europa de numerosos nazis y colaboracionistas. Bajo la supervisión de Montini, se expidieron pasaportes regulares de la Santa Sede a jefes nazis que, enfundados en sotanas, huyeron al Nuevo Mundo, en un tortuoso operativo que la literatura de investigación llamó la “*Red de los Conventos*” y los militantes antifascistas “*La ruta de las ratas*”<sup>16</sup>. Una evidencia de esa metodología fue hallada en 1972, en Lima, en el pasaporte del fugitivo ex coronel SS Frederick Schwend, un jefe implicado en una maniobra de lavado de dinero falsificado por las SS, durante el final de la guerra, suma que nunca se encontró. Indicios encontrados entre la documentación de Schwend señalan que parte de aquella suma fue entregada, como parte de pago por las maniobras de reubicación, al obispo austríaco Alois Hudal. Este era un notorio simpatizante del Tercer Reich, titular del Colegio Teutonicum di Santa María dell’ Anima, del Vaticano y participante primario en el diseño de la “*red de los conventos*”<sup>17</sup>.

La misma maniobra de salvataje diseñada por la diplomacia vaticana fue utilizada por Adolf Eichman, Klaus Barbie, ustachas colaboracionistas croatas (Ante Pavelic, Milos de Bogetic y Branco Benzon) y el jefe de la Gestapo en Milán, Walter Rauff, inventor de las cámaras de gas rodantes. Según la investigación de Fini y Faenza, Rauff coordinó desde Génova, con la colaboración del obispo de la ciudad, el cardenal Siri, una oficina que facilitó el traslado de más de 5000 agentes de la Gestapo y de las SS a países como Argentina,

<sup>11</sup> *Clarín*, 1 de diciembre de 1998..

<sup>12</sup> Higham Charles, *Trading with the Enemy*, New York, Barnes & Noble, 1983, pág. 115.

<sup>13</sup> Office of Strategic Services, antecesora de la CIA.

<sup>14</sup> Historiadores como Schlesinger (también George Kennan), participaron activamente de los proyectos de guerra fría cultural diseñados por la CIA para contener y desacreditar la influencia del comunismo en el campo de las ciencias, las artes y las letras. El compromiso entusiasta del historiador con la estrategia anticomunista promovida por su gobierno ha quedado estampado en múltiples escritos, ensayos, entrevistas y confesiones. Cf. Arthur Schlesinger, “Counter – Intelligence”; en *The New York Review of Books*, v. 7, n° 6, 20 de octubre de 1966.

<sup>15</sup> La información consta en los archivos del Departamento de Estado, según lo revelaron Fini y Faenza. Véase: Walter Goobar, “*Odessa y el secreto de confesión*”; en **Página 12**, 23 de febrero de 1992.

<sup>16</sup> Según el investigador Ladislav Farago, en esa comitiva se hallaba Martin Bormann; reproducido en **Página 12**, 23 de febrero de 1992.

<sup>17</sup> Hudal fue el autor de un libro apologético del nazismo, *Las leyes fundamentales del nacionalsocialismo*, publicado en Viena en 1937. El film de Costa Gavras, *Amén*, está fundado en pruebas gravemente incriminatorias para Hudal, como otro libro de su autoría, denominado *La religión cristiana en Europa*, donde Hudal, a comienzos de los cuarenta elogió la “solución final” que Hitler aplicó a los judíos. Cf. “*La película de la svástica papal*”; en **Página 12**, 15 de febrero de 2002.

Egipto y Siria<sup>18</sup>. La figura de Rauff condensaba, en 1945, una convergencia que no dejaría de afianzarse en el transcurso de la guerra fría: el anticomunismo reunía los esfuerzos de los Servicios Secretos norteamericanos y de encumbrados líderes del Vaticano en un proyecto hemisférico que incluía el futuro de la situación de América Latina<sup>19</sup>.

Rauff se había entregado en Milán a los agentes de la OSS en abril de 1945. La rendición era parte de un acuerdo que garantizaba inmunidad a los negociadores de las SS ante las tropas aliadas. El jerarca nazi fue liberado por Allen Dulles e incorporado a los servicios de inteligencia norteamericanos en las operaciones anticomunistas en Italia. Los nexos de la colaboración progresaron. Dulles pidió a las autoridades del Vaticano la autorización para utilizar monasterios y conventos para resguardar a los refugiados nazis. Según documentos del Departamento de Estado, recogidos por el *Boston Globe*, la Iglesia se ocupaba de la manutención y de la confección de documentos falsos, con visas obtenidas en el consulado argentino de Trieste<sup>20</sup>. Estos operativos continuaron en años posteriores bajo la supervisión de la CIA. El Vaticano no vacilaba en utilizar a la Cruz Roja Internacional como intermediaria para la reubicación de criminales furtivos. Muchos de ellos, como es sabido por las recientes investigaciones de la Comisión Investigadora sobre las Actividades Nazis en Argentina (CIANA), ingresaron a la Argentina entre 1947 y los primeros años de la siguiente década<sup>21</sup>, así como a otros países de Sudamérica<sup>22</sup>. Rauff se refugió en Chile y, a partir de 1973, fue asesor de la DINA, la temible policía secreta de la dictadura de Augusto Pinochet. Pocos años después, otros criminales nazis furtivos y neofascistas italianos asesoraron a dictaduras militares del Cono Sur. Klaus Barbie colaboró con los servicios de seguridad bolivianos cuando, en 1980, los *narcogenerales* Luis García Meza y Luis Arce Gómez derrocaron al gobierno democrático de Lilia Geyler<sup>23</sup>.

Una de las operaciones más ambiciosas de colaboración y absorción de criminales nazis por parte de los EEUU se concretó pocos días después de la rendición alemana. En agosto de 1945, los servicios secretos norteamericanos incorporaron a su aparato de informaciones a la “*organización Gehlen*”, un instrumento imprescindible en virtud de su amplia experiencia en conocimientos y actividades anticomunistas<sup>24</sup>. La CIA se implicó profundamente en el desarrollo de esta política desde sus bases en la República Federal Alemana. En 1956, la agencia norteamericana dio el visto bueno para que Gehlen y varios colaboradores nazis instalaran su cuartel general en Munich, donde reclutaron los servicios de agentes operativos como Klaus Barbie y Walter Rauff<sup>25</sup>.

La agenda norteamericana del anticomunismo en Alemania engendró decisiones tan perturbadoras como la suspensión de las políticas de “*desnazificación*”, con el fin de asegurarse la colaboración del reciente enemigo en la cruzada contra el “*totalitarismo comunista*”. Bajo el gobierno de Adenauer, al compás del milagro económico alimentado por el plan Marshall, varios funcionarios del Tercer Reich revistaban en la administración del flamante gobierno democristiano; al tiempo que en varias cátedras universitarias

---

<sup>18</sup> Citado por Walter Goobar, *Odessa y...* En **Página 12**, op. cit..

<sup>19</sup> Según un informe de la agregaduría militar norteamericana en Italia en la posguerra, la Iglesia estaba muy preocupada por la difusión del comunismo, por lo que echaba mano de criminales de guerra nazis para detener la expansión de la izquierda. La Santa Sede “*teme particularmente el auge de las actividades comunistas en América del Sur y, que por esa razón, acoge favorablemente los pedidos de personas que con un pasado fascista deciden emigrar ilegalmente*”. Informe del agregado militar Vincent La Vista al Secretario de Estado George Marshall, 1947; reproducido en **Página 12**, 23 de febrero de 1992.

<sup>20</sup> **Página 12**, 23 de febrero de 1992.

<sup>21</sup> Cf. Camarasa Jorge, en: **La Nación**, 6 de julio de 1998. Barón Ana; en **Clarín**, 29 de setiembre de 1998.

<sup>22</sup> La dictadura militar paraguaya de Stroessner albergó a jefes nazis de la talla de Martín Bormann, uno de los máximos dirigentes del partido y general de las SS. Murió en ese país en 1959.

<sup>23</sup> Cf. Linklater Magnus y otros, *The Fourth Reich: Klaus Barbie and the Neo-Fascist Connection*; citado por Martín Andersen, **Dossier Secreto**, Bs. As., Planeta, 1993, pp 338 y ss. En el golpe boliviano, también participaron los neofascistas italianos, Stefano Delle Chiaie y Pier Luigi Pagliai. En nuestro país, ambos personajes contaron con la protección del Batallón de Inteligencia 601, dirigido por el general Suárez Mason. Delle Chiaie participó del Congreso Anticomunista Latinoamericano, celebrado en Buenos Aires, bajo la presidencia de Suárez Mason, en setiembre de 1980. **La Nación**, 3 de setiembre de 1980.

<sup>24</sup> Reinhard Gehlen era jefe de los ejércitos extranjeros del Tercer Reich y organizador de los servicios de inteligencia. El agente de la OSS, y luego de la CIA, Frank Wisner fue el enlace que permitió la absorción del intacto cuerpo de inteligencia nazi. Testimonios de quienes trabajaron junto a Wisner, retrataron las cualidades políticas y morales que la Agencia buscaba en su batalla contra el comunismo: “*Era algo visceral: se trataba de utilizar a cualquier hijo de puta siempre que fuese anticomunista*” Citado por Stonor Saunders Frances, op. cit., p.66. “*Nueva orden de batalla*”; en **Página 12**, 23 de febrero de 1992. El perfil de estos jefes de las agencias de seguridad norteamericana, protectores de criminales de guerra, fue magistralmente retratado por Costa Gavras, en el personaje Talbot de la película “*Mucho más que un crimen*” (“*Musical box*”).

<sup>25</sup> “*Nueva orden de batalla*”, op. cit.

continuaban enseñando profesores de no muy lejana lealtad hitleriana<sup>26</sup>. En décadas más recientes, los dispositivos anticomunistas montados por la Agencia norteamericana y por los servicios de informaciones locales todavía se revelaban como una amenaza real para el desenvolvimiento de algunos regímenes democráticos europeos. Durante la década de 1970, aquella conjunción de fuerzas instrumentó en la Italia gobernada por la democracia cristiana el “operativo Gladio”, la organización de un complot golpista ante un eventual triunfo electoral del PCI<sup>27</sup>. Resulta plausible considerar al asesinato del primer ministro sueco Olof Palme, en 1986, como una trama de características similares en la que participaron la CIA y sicarios neofascistas.

## 2. Las controversias sobre el pasado: nazifascismo, colaboracionismo y resistencia.

Es posible observar los condicionamientos de la polarización ideológica de la guerra fría en la irrupción de ciertas controversias y reinterpretaciones de episodios o fenómenos del pasado reciente. Disputas relativas a la naturaleza de los regímenes nazifascistas, a las responsabilidades del colaboracionismo y al papel cumplido por los movimientos de resistencia aparecen contaminadas por el clima de crispación derivado de aquella contienda ideológica.

### a. Francia: revisión de los años de la ocupación.

Diversos segmentos del pasado francés han sensibilizado las discusiones historiográficas y los posicionamientos políticos. Sus argumentos, polémicas y acusaciones afloran continuamente en los medios de comunicación, en los pronunciamientos de las fuerzas políticas contemporáneas o a partir de iniciativas judiciales o gubernamentales. Los debates o las reinterpretaciones sobre los años *negros* de la ocupación y de la resistencia antinazi abordan, quizás, uno de los territorios más escabrosos y traumáticos. Los escenarios conflictivos de la historia política francesa proveyeron el marco contextual en el que se inscribieron algunas tentativas *revisionistas*, es decir, enunciados históricos de índole negacionista o condescendientes con las fuerzas nazis o colaboracionistas, que se propusieron horadar o refutar el consenso interpretativo antifascista aplicado sobre aquellos años.

El nuevo realineamiento de fuerzas, caracterizado por la ruptura entre comunistas y *gaullistas*, alentó la aparición de interpretaciones más o menos rehabilitadoras de fuerzas y figuras que, hasta hacía poco, estaban contaminadas por el baldón de la colaboración pro nazi. A comienzos de la década del 50, la obra de Robert Aron *Historia de Vichy* fue la punta de lanza de la justificación de la derecha colaboracionista y del régimen presidido por Petain. Describía a un gobierno paternalista, protector de los franceses, que atemperaba la crueldad de la represión alemana. Aron presentaba a Vichy como un “*mal menor*” que “*suavizó*” la ocupación y ofreció “*beneficios comparativos*” frente a las duras condiciones impuestas por el gobierno directo de la Gestapo<sup>28</sup>. El relato ofrecía un tratamiento indulgente a la derecha vernácula presentando su cruzada antibolchevique, en los tiempos de la ocupación, como antecedente y credencial de aceptación en el contexto de la década de 1950, donde la guerra fría exigía un fuerte compromiso en el combate contra el “*totalitarismo rojo*”. Sucesivos aportes historiográficos también erosionaron otras zonas sagradas de la memoria antifascista. *Vichy – France: Old Guard and New Order*, del investigador norteamericano Robert Paxton, refutó la tesis del “*doble juego*” del régimen de Petain, sostenida por Aron para justificar una pretendida autonomía del gobierno colaboracionista respecto del ocupante nazi. Según Paxton, el gobierno de Petain había demostrado hasta último momento su voluntad de colaborar con los nazis. De acuerdo con el mismo autor, la actitud colaboracionista francesa demostraba una inquietante cualidad: no era un fenómeno extraño que supuraba en forma anómala en Vichy; era una expresión de *continuidad* de las políticas y pulsiones represivas y antisemitas que atravesaban la vida de Francia, desde los tiempos de la Tercera República. La narración de Paxton restituía la imagen de una sociedad con millones de colaboracionistas<sup>29</sup>. La memoria heroica construida sobre los años *negros* recibiría renovados cimbronazos y cuestionamientos en los años que prosiguieron a la caída del comunismo.

Durante la década de 1990, recurrentes intentos anticomunistas pusieron en entredicho el punto de vista de la resistencia antifascista sobre el período. El ajuste de cuentas contra las interpretaciones marxistas y sus iconos, además de adquirir cierta petulancia por el reciente colapso del socialismo, probablemente

<sup>26</sup> Fontana Josep, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 274/275. Quizás la continuidad de la carrera y el prestigio académico de Heidegger en la posguerra se ubiquen en el mismo escenario de dar por terminada la desnazificación.

<sup>27</sup> Carlo Ginzburg aporta sutiles reflexiones sobre la existencia de las tramas complotistas en Italia y sobre la manera en que el conocimiento histórico debe considerarlas. *El juez y el historiador*, Madrid, Anaya Muchnik, 1993, pp. 63 y ss.

<sup>28</sup> El libro presenta a Petain como un adusto protector frente al pérfido ministro Laval, a quien retrata como responsable de los excesos criminales del régimen. Citado por Reggiani Andrés, “*Los años negros (1940-1944): Memoria e historia del pasado reciente de Francia*”. En: *Taller*, vol. 5, n° 13, julio de 2000, p. 92.

<sup>29</sup> Reggiani A., “*Los años negros op. cit.* p 93-94. Henry Rousso, el fundador del IHTP, ha reconstruido los principales ciclos que atravesó la memoria sobre los “años negros”, en Francia, desde la Liberación hasta los años recientes. Cf., *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1987 y 1990.

estuvo también relacionado con el resurgimiento político del anticomunismo francés, esta vez, a través de su variante más reaccionaria, la contaminada hasta la médula con la herencia de Vichy<sup>30</sup>. En los primeros noventa, la controversia fue irradiada a partir de la difusión del libro de Thierry Wolton, *Le Grand Recrutement* (El gran reclutamiento). Con el tono provocador y escandaloso del ensayo comercial, el autor aseveraba que Jean Moulin, el héroe de la resistencia antinazi asesinado por la GESTAPO, era un agente soviético, casi un esbirro a sueldo de Stalin. Un torrente de réplicas inundó las secciones culturales de la prensa. A pesar de la poderosa refutación de los intelectuales identificados con la memoria de la resistencia, el clima político abierto tras la derrota electoral del socialismo francés, permitía el afloramiento de una lectura del pasado empeñada en cuestionar o desacreditar la zona sagrada edificada por la historiografía identificada con la liberación y el Maqui. En 1994, con motivo del juicio al colaboracionista francés Paul Touvier<sup>31</sup>, nuevamente la opinión pública debatió el sombrío periodo. En el juicio, Touvier alegó en su descargo la “obediencia” que debía a la superioridad alemana; pero la acusación y los historiadores demostraron la responsabilidad del régimen francés colaboracionista en crímenes contra la humanidad como aquel, fundamentados por una legislación antijudía, de origen *incuestionablemente francés*, que preparaba el terreno para el ejercicio de formas tan extremas de represión.

b) Italia: la tradición partisana cuestionada.

Parece razonable relacionar los rígidos dogmatismos derivados por la guerra fría con los intentos de deslegitimación proyectados sobre sucesos y actores de la resistencia antifascista italiana. Los frutos revanchistas de su legado explicaron el crudecimiento, en la década de 1990, de ese tipo de animadversión. Con más razón, cuando las coaliciones de derechas e izquierdas cargaron de tensiones y reproches el panorama político electoral. La confrontación política tenía un ingrediente revulsivo adicional que rompía una vigorosa tradición republicana y democrática, fundada en 1945 por la liberación antifascista. En la alianza derechista triunfante en 1994 participaba un partido de origen fascista que reivindicaba sin ambages su identidad y sus raíces históricas<sup>32</sup>. En ese escenario varias voces cercanas al poder y ciertos medios de comunicación repiquetearon remanidos argumentos anticomunistas sobre un pasado controversial: la resistencia del período 1943-1945 no había sido un movimiento de liberación nacional y en aquellos sucesos la izquierda había demostrado un comportamiento irracional, avieso y provocador<sup>33</sup>. Se trataba de expurgar del pasado la carga emotiva y virtuosa insuflada por la memoria militante y partisana. En consecuencia, las acciones en las que los comunistas tuvieron una gravitante participación no debían evocarse como episodios de heroico civismo o causa fundante de la joven república recuperada.

Acontecimientos emblemáticos de la resistencia antinazi fueron objeto de enfoques insidiosos. Algunas de estas operaciones modelaron la opinión del “*ciudadano medio*”, arraigando perdurables mitos, inmunes a los ejercicios de rigor documental. Alessandro Portelli desentrañó una de aquellas operaciones mistificadoras, la proyectada sobre los sucesos que desembocaron en la masacre de las Fosas Ardeatinas<sup>34</sup>, y la conectó con la supervivencia de actitudes ideológicas derivadas de la guerra fría, empeñadas en la desacreditación del comunismo. Tras una rigurosa compulsión de fuentes, Portelli exhumó el frondoso tejido de mendacidades y supersticiones que deformaban el estatuto objetivo y la interpretación de los hechos. Como una telaraña invulnerable, las falacias contaminaron la descripción de los sucesos protagonizados por los partisanos y el relato de la brutal matanza perpetrada en las cuevas romanas.

A pesar del contundente peso de las pruebas, emanadas hasta de los propios perpetradores del crimen colectivo, Portelli demostró cómo la trama original de esta historia comenzó a ser malversada por una interminable serie de versiones inexactas e interpretaciones interesadas. Tal como lo demostró el autor, la distorsión comenzó cuando todavía estaban tibios los cuerpos de los fusilados. Y el primer emisor fue la fuente oficial del Vaticano, *L'Osservatore Romano*. Muy condescendiente con las tropas nazis ocupantes, el periódico papal culpaba a los partisanos de la responsabilidad total del hecho (los menciona como “*culpables escapados del arresto*”), llama “*víctimas*” a los soldados caídos y “*personas sacrificadas*” a los fusilados. Esta versión no dejó de alimentarse de otras falacias que se le adosaron, con el mismo mecanismo del rumor propagado y deformado intermitentemente. Siguiendo el examen implacable de Portelli, podemos identificar un rosario de mendacidades, cacareadas en el decurso de cinco décadas,

<sup>30</sup> Nos referimos al crecimiento electoral del neofascista Front National, liderado por J Marie Le Pen.

<sup>31</sup> Como jefe del grupo paramilitar Milicia, colaborador de los nazis, Touvier fue responsable de la ejecución, en junio de 1944, de varios franceses de origen judío, en represalia por el ataque del maqui contra el ministro Henriot.

<sup>32</sup> Nos referimos a la neofascista *Alleanza Nazionale (AN)*, evolución del *Movimiento Social Italiano (MSI)*, aquel residuo del fascismo, revitalizado por Giorgio Almirante durante las décadas de 1960 y 1970. AN contaba en sus filas como candidata a Alessandra Mussolini.

<sup>33</sup> Cf. “*La historia de la identidad no es suficiente*”; en Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 267.

<sup>34</sup> El 23 de marzo de 1944 una milicia partisana atacó, en Roma, a un contingente militar alemán, ocasionándole 32 bajas. En represalia, al día siguiente, los jefes de las SS ejecutaron a 335 italianos escogidos al azar. Portelli Alessandro, *La orden ya fue ejecutada*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 2004.

como si fueran hechos comprobados. Entre ellas citemos: que hubo un llamado de los nazis para que los autores se presentasen; que los alemanes pegaron afiches con ese pedido, que si los partisanos se presentaban no habría ocurrido la matanza, que los alemanes eran severos y no les quedaba más remedio que ejecutar la orden de muerte; que la columna de la Gestapo atacada no estaba formada por alemanes, sino por *“italianos del Tiro del sur”*, por lo que una acción de guerra se presenta como un avieso ataque fratricida; o la reducción maliciosa de un acto colectivo de guerra contra un ejército invasor del territorio a un mero ejercicio de violencia individual <sup>35</sup>, etc. Portelli desmonta empíricamente una por una estas creencias y otras sustitutas que, a la manera de un carrusel frenético, ocuparon su lugar. Y, ubicando a las primeras fuentes de emisión (los órganos de la Iglesia, jefes y colaboradores fascistas, los medios de difusión tolerados por los nazis, etc.); comprueba la extraordinaria acogida que tales relatos hallaron en los sectores populares de varias generaciones, bombardeados, además, por la mayor parte de los medios de comunicación que renovaron, hasta nuestros días, aquellas interpretaciones. *“La culpa fue de los partisanos”*. He aquí, el argumento central de los relatos anticomunistas que cuestionaron el legado de la *Resistencia* en la construcción de la democracia italiana<sup>36</sup>.

c) Alemania: una mirada más indulgente sobre el Tercer Reich.

El clima de la guerra fría y ciertos ensayistas históricos embarcados en la nave insignia de Occidente insuflaron ecos más truculentos en su “revisión” del pasado reciente de Alemania. Sus argumentos, vestidos como juicios históricos, alcanzaron cierta publicidad en las controversias sobre las responsabilidades del nazismo y la discusión sobre la magnitud y las raíces del Holocausto. En los primeros años de la posguerra, las divergencias interpretativas atravesaron el confín de las dos repúblicas nacidas con la guerra fría. Mientras en la RDA, los historiadores consideraron al hitlerismo como una expresión terrorista del capitalismo monopolista de estado; en el oeste, las interpretaciones históricas se encaminaron por itinerarios más elusivos. Bajo el gobierno de ocupación norteamericana, los historiadores alemanes definían al nazismo como un fenómeno singular que no estaba genética ni estructuralmente vinculado con el capitalismo alemán. El exterminio era la responsabilidad de un núcleo de dirigentes criminales, pero no de fuerzas sociales y económicas ni de comportamientos colectivos.

Probablemente se comprendan mejor estas interpretaciones si las ubicamos en el escenario central - privilegiado por el Plan Marshall -, de las primeras escaramuzas de la guerra fría. La irrupción del nuevo enemigo (el comunismo) amainó el ímpetu inicial de la desnazificación. Las informaciones y la experiencia anticomunista del nacionalsocialismo fueron bienes preciados para las agencias de seguridad norteamericanas. Ex funcionarios del régimen nazi lograron reciclarse en el Gobierno de Ocupación Aliado establecido en el territorio occidental y, después de 1949, en la RFA<sup>37</sup>. La continuidad de historiadores conservadores en las cátedras de las universidades alemanas ayudó a la propagación de la interpretación que definía al nazismo como una variante de *“dictadura totalitaria”*, como el comunismo, y no un fascismo. En años más recientes la polémica volvió a brotar a raíz de las consideraciones provocadoras de Ernst Nolte.

En la década del setenta Nolte sostenía que, en 1939, el régimen nazi era más respetuoso de las libertades individuales que el comunismo. Para fundar este ardid exculpatorio, trazaba un esquema simplificador e inicuo del programa y la filosofía marxista. Realizando una traducción truculenta de la dinámica de la lucha de clases, Nolte consideraba al marxismo como un proyecto que propendía a la *“aniquilación de clase”*. Según su expeditiva conclusión, los nazis habían reaccionado con el Holocausto para prevenir y evitar el exterminio que preparaban los bolcheviques contra las clases propietarias alemanas, un plan en el que los nazis, según Nolte, también veían embarcados a los judíos<sup>38</sup>.

El vigoroso anticomunismo del ensayista germano promovía la rehabilitación de instituciones partícipes del régimen y de los proyectos desplegados por el nacionalsocialismo. A mediados de la década de 1980, Nolte exaltó el *“sacrificio”* de la Wehrmacht en la contienda contra la URSS. Semejante interpretación se proponía rescatar del pasado nazi de Alemania elementos constitutivos de una identidad nacional heredada y celebrada en el presente. Tales herencias identitarias eran el anticomunismo, no sólo profesado por el régimen nazi sino, según Nolte, por la población alemana, y la Wehrmacht. Respecto de esta última, el mismo autor divulgó la tesis que la presentaba como una prestigiosa institución impermeable a la ideología nazi y ajena a la política de exterminio de los judíos<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> Portelli demuestra que no hubo ningún comunicado, ni escrito ni radiofónico, llamando a presentarse a los autores. Las represalias alemanas se cumplían de todas formas para aterrorizar a la población italiana.

<sup>36</sup> Portelli Alessandro, *“Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos”*. En: *Sociohistórica* n° 11/12, La Plata, CISH, 2002, p. 164 a 169.

<sup>37</sup> Durante el gobierno de Adenauer, algunos de sus colaboradores habían sido nazis. Citado por Fontana Josep, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 275.

<sup>38</sup> Nolte Ernst, *El marxismo y la revolución industrial*; citado por Fontana J. *Op. cit.*, p. 276.

<sup>39</sup> En 1997 el Instituto de Investigación Social de Hamburgo realizó una exhibición donde se revelan las responsabilidades de las FFAA en la *Solución final* y su implicancia en atroces crímenes de lesa humanidad. Citado por

Las versiones revisionistas de Nolte arreciaron durante el período que siguió a la caída del Muro de Berlín. Acompañaron al cotillón celebratorio del colapso del comunismo y del triunfo de la democracia liberal. Con acierto, se las ha considerado como expresión del *punto de vista de 1989*, es decir, del esquema victorioso del capitalismo de libre mercado<sup>40</sup>. En una obra de excepcional transparencia propagandística, Nolte celebra la victoria de los regímenes liberales occidentales frente a sus dos antagonistas en el siglo XX, el comunismo y el nazismo. Pero en esta equiparación de los *dos demonios* que acecharon al siglo XX, el ensayista alemán tributaba cierta indulgencia hacia algunos aspectos del programa o de la misión del nacionalsocialismo, en detrimento del comunismo soviético. La comparación hacía descender a este último al nivel más repugnante del infierno histórico. Según Nolte, la cantidad de víctimas provocadas por el comunismo superaba a las ejecuciones realizadas por régimen nazi<sup>41</sup>. Comparado con el régimen nacionalsocialista, el comunismo demostraba, además, mayor grado de perversidad e irracionalidad históricas en su intento de superar y sustituir al capitalismo por un régimen económico de planificación socialista<sup>42</sup>.

En sintonía con los argumentos centrales de Nolte, otros prominentes pensadores del “capitalismo victorioso”<sup>43</sup> propagaron síntesis del siglo XX, nutridas por insumos propagandísticos de la contienda ideológica nacida en la posguerra. Según esas tesis, el agonizante siglo fue el teatro del enfrentamiento de la democracia liberal contra los totalitarismos, en sus dos versiones (¿dos demonios?) de comunismo y nazifascismo. La operación intelectual despegaba, rápida y capciosamente, el vínculo perturbador que enlazaba a liberalismo y nazismo como dos expresiones políticas del capitalismo<sup>44</sup>. Muy raramente los *pensadores del liberalismo triunfante* asumían (y, menos, explicaban) la naturaleza y la *racionalidad* capitalista inherentes al experimento nazifascista. Los argumentos de Bettelheim iluminan la naturaleza del hitlerismo. El nazifascismo repudió el legado liberal y democrático del régimen burgués, pero sostuvo y reprodujo las bases de la estructura económica capitalista, su régimen de propiedad y apropiación de los beneficios<sup>45</sup>. El Tercer Reich fue un producto y estuvo al servicio del desarrollo capitalista alemán (como el fascismo en Italia). La aceptación de estos datos significaría asumir a Hitler como parte integrante de la genealogía del capitalismo. Hitler expresó, hasta sus límites más brutales, los atributos del capitalismo antidemocrático. Reconocer este fenómeno profana la *sacralización del mito* discursivo de de los “*pensadores de la libertad*”, especialmente de aquel que identifica como sinónimos a capitalismo y democracia. Las interpretaciones hegemónicas de los años noventa sancionaron la conclusión de que el Gulag era el ominoso legado de *todo* el movimiento marxista. Sin embargo, fueron elusivas a la hora de pensar en otra aterradora filiación. La que ubica a Auschwitz como un fruto que no puede ser desgajado fácilmente de la historia del capitalismo.

### Conclusiones.

El esclarecimiento de las responsabilidades de los líderes occidentales en las maniobras de salvataje de los criminales de guerra nazifascistas reveló la fertilidad de los estudios abocados a la historia reciente. El conocimiento producido sobre tales cuestiones aportó pruebas documentales persuasivas del compromiso de agencias gubernamentales norteamericanas e instituciones dependientes de la Iglesia Católica en el diseño de dispositivos de evasión, protección y recepción de notorios o discretos criminales de guerra. Las pesquisas conectaron la racionalidad de dichos procedimientos con los nuevos imperativos de la lucha contra el comunismo izados durante la Guerra Fría. También develaron las proyecciones internacionales de dichas decisiones, singularmente aquellas que hicieron de varios países de Latinoamérica hogares receptores de una nutrida ralea de nazis y colaboracionistas de diverso origen. En esta localización específica de la cuestión, han cobrado merecida relevancia los estudios históricos que proporcionaron

Reggiani A., op. cit. p.98.

<sup>40</sup> Feinmann José P., *La sangre derramada*, Bs. As., Ariel, 1999, p. 20. El libro de Nolte tuvo una difusión casi simultánea con los escritos del filósofo de la historia del Departamento de Estado norteamericano, Francis Fukuyama.

<sup>41</sup> Nolte Ernst, *Después del comunismo*, Bs. As., Ariel, 1996, p. 13.

<sup>42</sup> Escribió: “*Desde el punto de vista de 1989, me parece evidente, de hecho, que el comunismo jactancioso y violento que se llamó a sí mismo bolchevique, es decir mayoritario, carecía de razón histórica cuando pensó que podía sustituir al capitalismo, es decir, a la economía mundial de mercados, que se hallaba en su primera etapa de desarrollo, por un economía planificada, y quiso abolir los estados. Estoy completamente convencido de que el nacionalsocialismo tenía razón histórica al oponer resistencia a ese intento*”. *Ibidem*, p.72.

<sup>43</sup> Entre otros, Samuel Huntington, Henry Kissinger, Francis Fukuyama, Paul Kennedy, etc.

<sup>44</sup> En la década de 1990, cuando aquellas obras fueron publicadas, Italia ofreció un ejemplo transparente donde la defensa del capitalismo reunió en fraterna comunión a liberales y fascistas; a Forza Italia y Alleanza Nazionale (ex MSI), en las elecciones que ganaron en 1994.

<sup>45</sup> Bettelheim Charles, *La economía... op. cit.* No sólo el NSDAP llegó al poder con el apoyo de sectores prominentes del capitalismo alemán, contestes con su programa de eliminación de la amenaza de la revolución socialista; sino que significativos líderes del mundo anglosajón, como Churchill, ponderaron el programa inicial y los objetivos que perseguían tales regímenes.

evidencias contundentes sobre la participación de estructuras gubernamentales, fuerzas de seguridad y organismos eclesiásticos de Argentina en la recepción de dicha categoría de fugitivos. En este aspecto, el itinerario emprendido no deja de cosechar nuevos conocimientos.

Sin embargo, otras dimensiones del fenómeno instan a ampliar y profundizar la agenda de preguntas y de problemas a resolver. Entre estos desafíos, está buscar las correlaciones del rígido dogmatismo destilado por la Guerra Fría en el plano de los debates en las ciencias sociales o, en el más acotado, de las interpretaciones historiográficas en pugna sobre las acciones perpetradas por el nazifascismo. La información aportada por este trabajo extiende algo más que conjeturas sobre la existencia de tales conexiones explicativas. El examen de ciertas controversias sobre el pasado, emergentes en el clímax de la guerra fría y latente en los años posteriores, suministra un caudal nada despreciable de argumentos y evidencias. Los proyectos historiográficos o ensayísticos de "revisión" y tratamiento indulgente de ciertas conductas del colaboracionismo francés; la proliferación de versiones encaminadas a deslegitimar (o incriminar) a la resistencia antifascista y partisana, las miradas, supuestamente innovadoras, sobre los fines preventivos o la "racionalidad" del nazismo frente a la iniquidad o barbarie bolchevique ofrecen un provechoso cauce testimonial para interrogar la perdurabilidad y rigidez de la atmósfera cultural de la Guerra Fría.

Juan Alberto Bozza.